

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—El abuelo, por D. Alexis Bouvier.—Morala. Canto del Bardo en «Duthona.» Poema de Ossian, por D. A. Chocomeli.—Album de música, (conclusion) por Fernanfior.—El Ocaso, (traducción de A. de Lamartine) por D. A. Chocomeli.—La muerte de la monja (traducción de una poesía catalana de D. Angel Guimerá) por D. G. Blanco.—Epigramas, por D. C. Cano.

GRABADO.—La Priere du Matin. Cuadro de E. Frére.

EL ABUELO.



ODAS las comadres estaban en sus puertas y la miraban con desprecio; los chicos adelantaban hacia ella, rodeándola, sus sucios semblantes; los perros olfateaban sus ropas y le gruñían; los hombres, indiferentes, decían al pasar:

—¡Calle!... ¡Es la Juana!

El sol poniente daba al cielo un tinte purpúreo, y la brisa que había acariciado las lilas y los manzanos en flor, pasaba tibia y perfumada.

* *

Ella, la Juana, como la llamaban, tenía veinte años. Estaba pálida, y sus cabellos, mal peinados, caían en largos mechones sobre su espalda. La miseria había demacrado sus mejillas, y en este día obligábala la vergüenza á inclinarse frente. Un pequeñuelo, un hermoso querubín de ojos brillantes, de rosados pómulos y alborotada cabellera, corría agarrado á su vestido, mirando á su alrededor y sonriéndose á cada gesto que le hacían los pilletes del lugar.

Era muy triste contemplar á aquellos dos seres, abandonados en medio de una población

que pululaba llena de vida, y de una naturaleza alegre y sonriente.

De este modo atravesaron la aldea, deteniéndose ante la última casa. El niño, viendo que su madre se adelantaba hacia la puerta, abandonó sus vestidos, y se dirigió sonriendo hacia los pilletes que les seguían y con los cuales se puso á jugar.

* *

Juana llegó á la puerta de la casa, y al rumor de sus pasos apareció un viejo, que al ver á la jóven, retrocedió lanzando una exclamación.

—¿Qué buscas aquí? le dijo.

Juana experimentó un profundo estremecimiento, y tuvo necesidad de apoyarse en el marco de la puerta para no caer.

—¡Vamos!..... ¡vamos!..... continuó diciendo el anciano. ¡Sal de aquí, perdida! ¡Sal de mi casa!

—¡Padre!.... había suspirado Juana.

—¡Márchate!..... ¡márchate!.....

Pero la infeliz jóven había penetrado vacilante hasta el interior de la casa, teniendo necesidad de apoyarse contra una mesa. Allí, con el cuerpo encorvado, inclinada la cabeza, permanecía con los ojos inundados de lágrimas, decidida á dejarse arrastrar ántes que retroceder.

* *

—¡Padre!... ¡Perdon!... había vuelto á exclamar.

—¿Qué dices?... ¿Una mendiga como tú puede ser mi hija?... ¡Mi hija!.... ¡Ay!.... Yo tuve una hija que mi pobre difunta adoraba. Por ella hubiéramos dado nuestra vida.... Antes de que amaneciera, con viento ó con nieve, yo me iba al campo para trabajar, y por medio del trabajo hallar el modo de que nuestra adorada hija fuese con el tiempo una gran señora.... Ella era her-

mosa, y queríamos que también fuese instruída.... Para mandarla al colegio nos privábamos de todo, á veces hasta de comer. La queríamos sobre todo honrada como su padre, y pura como su madre, para que, andando el tiempo, un hombre honrado la llevase al altar, enorgulleciéndose de la hermosa y dulce compañera que le deparaba la fortuna.... Y cuando ya creíamos tocar la realizacion de nuestros ensueños; cuando á fuerza de privaciones y de sacrificios la habíamos asegurado un dote, garantía de un hermoso porvenir, ella, nuestra hija, nuestro tesoro, nuestro placer..., nuestra única esperanza, ella, la perdida, la infame, huyó con un aventurero!... Huyó, siendo el ludribio de todo el país, siendo la vergüenza y la desesperacion de sus padres...

Hubo un instante de silencio, solamente turbado por los sollozos de Juana y por los alegres gritos del niño, que jugaba en la calle.

* * *

—A fuerza de llorar y de sufrir la inclemencia del tiempo, plantada en el camino á ver si regresaba su hija, la pobre anciana... la madre... tosió un dia... luégo tuvo que guardar cama... ¡ay! luégo la llevamos al cementerio... ¡Pobre mujer mia!... Su mano inerte, aprisionaba, camino de la última morada, el hermoso escapulario con brillantes bordados que había hecho para la primera comunión de su hija...

—¡Padre!... ¡Padre!... ¡Perdon!

—Durante ese tiempo, ella, la infame ¡qué vida!... Los de la capital que venían á la aldea solían decirme: «Tío Gaspar, he visto á su hija de V. en paseo.»

—Yo no tengo ninguna hija...

—Sí, tío Gaspar; su hija Juana...

—¡Al primero que me la nombre le mato!... No me he atrevido despues á salir de casa... Parecíame que, al verme, todo el mundo me señalaba con el dedo y se reía de mí... No me he atrevido á ir á la capital, de miedo de encontrarme á mi hija acechando detrás de la primer esquina el primer aventurero que pasase... ¡Mi hija!... ¡Vamos!... Yo no tengo ninguna hija... ¡Fuera de aquí, mendiga!... ¡Pronto!... ¡Pronto!... ¡Fuera de aquí!

—¡Perdon, padre, perdon!...

—¡Márchate!... ¡Márchate!...

El anciano cogió bruscamente á la jóven de un brazo, intentando arrojarla del local; pero ella se agarró con tal fuerza á los muebles, que le fué imposible conseguirlo.

—¡Padre mio!... ¡Piedad! gritaba Juana.

—¡Márchate!

Y la lucha continuó.

Con el semblante encendido, bañado completamente en sudor, y con la hermosa cabellera rubia alborotada y caída sobre los ojos, entró entónces el pequeñuelo en el cuarto, al oír los gritos de su madre, y separando de su frente sus cabellos con sus diminutas manos, dijo plántandose delante del viejo, y mirándole con ademán provocativo.

—¿Por qué haces llorar á mamá, puesto que, segun dicen, eres mi abuelito?

El tío Gaspar dejó á Juana... Mudo, inmóvil, con los ojos muy abiertos, quedóse contemplando al niño, sin poder darse cuenta de aquel nuevo sentimiento que se apoderaba de él. Despues quiso hablar, pero no pudo... Sólo alcanzó á balbucear algunas frases ininteligibles... Un mar de lágrimas acudió á sus ojos, deslizándose por sus mejillas, y para ocultarlas unió en un abrazo comun á la jóven y al niño.

ALEXIS BOUVIER.

MORALA.

CANTO DEL BARDO EN «DUTHONA.»

POEMA DE OSSIAN.

Sobre el arroyo de Lara
Se dobla una encina vieja,
Y debajo brota un cardo
Entre dos musgosas piedras.
En las ondas que murmuran
Y pasan, las gotas suenan
Del rocío, que las flores
Vierten cual lluvia de perlas.
Allí aparecen dos sombras
Cuando el sol brilla en las crestas
De las montañas, y el valle
De Morven duerme en la niebla.
Viejo Ural, una es la tuya.
Tu flotante cabellera
Es un vapor blanquecino;
Debajo, dos nubes negras
Tus oscurecidos ojos
Vagamente representan.
Y en esa nube de nieve
Delante de tí, quién vuela?

Quién en sus pliegues suspira?.....
Morala! Tu hija bella!

—
Todos los bravos guerreros
De Lara, están en la selva
Persiguiendo al javalí
Y al gamo entre la maleza.
La cabaña del desierto
Ya se ha vestido de fiesta,
Y está esperando á los héroes.
Colgar les vió, y con artera
Intencion corre hácia Lara:
Así el torrente se vuelca
Sobre las colinas, cuando
El valle se despereza
Al sol, sin ver que la lluvia
Cae y sobre el monte rueda.
—«Hija de Ural, es preciso
Que me sigas. Si te empeñas
En huir nada consigues.
Tu padre gime en cadenas,
Y no vendrá en tu socorro.
Yo quise impedir que hiriera
Con su espada, el resonante
Escudo, voz de la guerra,
Y que le oyesen los jóvenes
Cazadores en la selva!»
—«Colgar, yo no puedo amarte!
Huye de aquí! No pretendas
Que abandone estas colinas.
Nadie por mi padre vela
Mas que yo. Triste y anciano
Inclina el cuerpo hácia tierra;
Sus ojos están ya débiles
Y solo á mi luz se alegran!»
Pero Colgar no la escucha,
Y la arrebató por fuerza.
Morala parte. Está lúgubre
Y sumida en la tristeza.
Tal las nubes de la lluvia
Están, cuando la tormenta
Oculta el sol, y el silencio
Sobre los valles impera.
Una cabrilla saltando
Ha pasado en la maleza.
Huye junto al arroyuelo,
De tiempo en tiempo se muestran
Sus hijares leonados
Entre las plantas espesas.
—Colgar!»—esclama Morala,—
Dame tu arco y tus flechas

Y verás como la hija
De Ural, en la caza es diestra!»
Colgar le entrega su arco,
Ella le tiende. La saeta
Clavada está ya en el cuerpo
De Colgar que se ensangrienta!

A las colinas de Lara
Vuelve libre, sola y bella,
Morala. Ya de su padre
El alma en gozo se anega.
Fué la tarde de su vida
Tranquila como la puesta
Del sol, sobre las montañas
Que viste la primavera;
Cual las hojas que en Otoño
Desde los árboles vuelan,
Y doran suavemente
Los valles y las praderas.
Sí! los días de Morala
Numerosos y sin penas,
Fueron sobre las colinas!
Al llegar la muerte, ella
Se durmió junto á su padre,
Y allí sus sombras se mezclan!...

—
Sobre el arroyo de Lara
Se dobla una encina vieja,
Y hay dos tumbas en su sombra.
Viejo Ural, bajo una piedra
Descansas tú, la otra cubre
A Morala, tu hija bella!

ANTONINO CHOCOMELI.

—
ALBUM DE MÚSICA.
—

(CONCLUSION.)

EL ARPA.

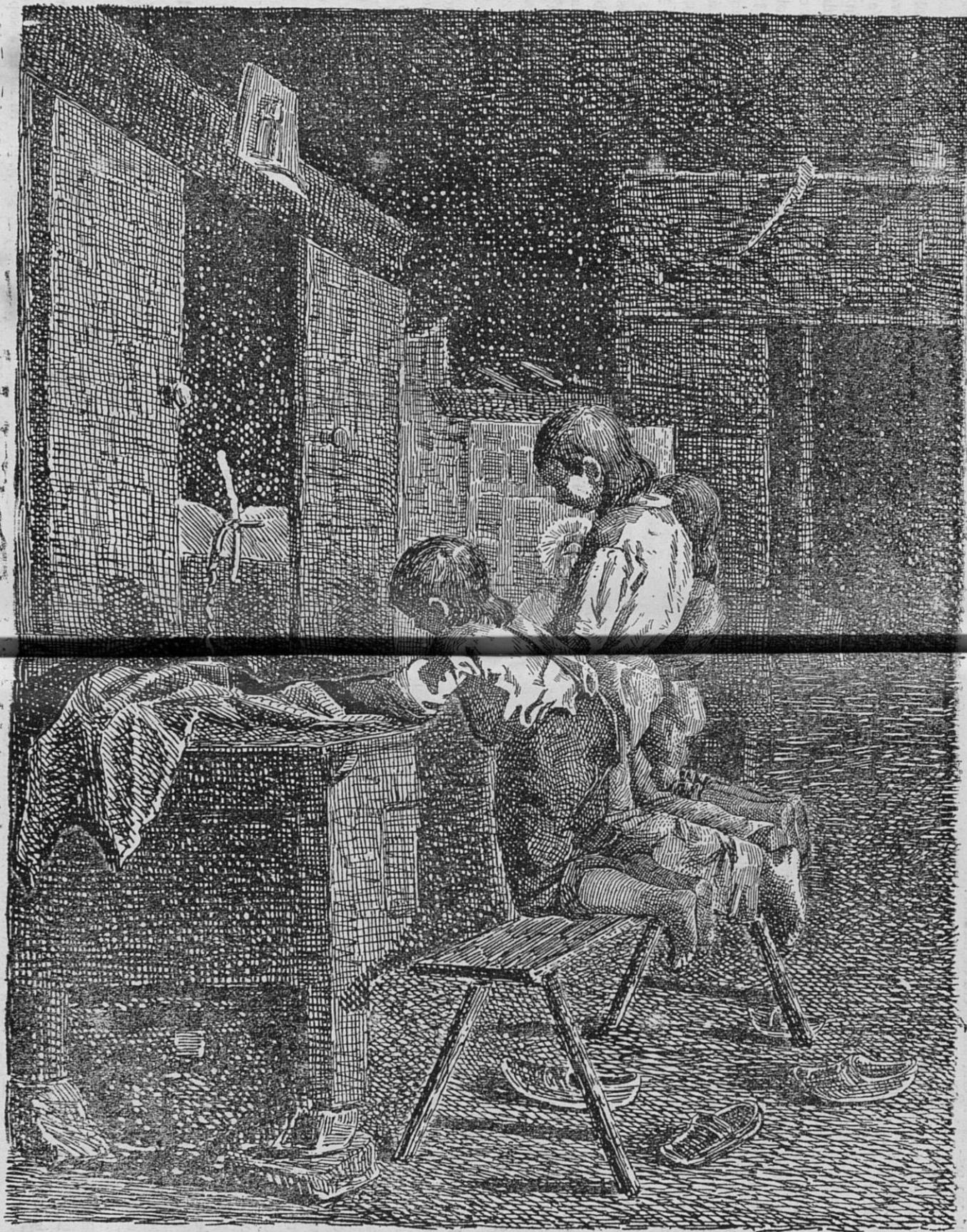
No quiero inducir vuestra imaginacion á que
se represente una mujer tocando el figle.

Ni siquiera soplando en un cornetin ó en un
clarinete.

Los instrumentos tambien tienen sexo: el arpa
es mujer. El arpa es la esposa del violin.

Y en verdad que es bello asunto para un cua-
dro una mujer tocando el arpa.

Pintadla reclinada en la columna de preciosas



LA ORACION DE LA MAÑANA.

(Cuadro de E. Frère.)

maderas de ese instrumento, doblando la cabeza pensativa y soñadora, como si estuviese silenciosamente recogiendo en su corazón las celestiales armonías que luego han de brotar como chispas de luz de las mágicas cuerdas.

Pintadla pulsando esa gigantesca lira, con resplandor de castidad en el rostro, con dulce fuego de inspiración, con purísimas lágrimas en los ojos; mirando al firmamento como si las altas y luminosas estrellas fuesen las notas, fuesen las letras de su poema musical.

Siempre será bella.

Y es que el arpa es mujer. No la pidais que exprese la cólera, la indignación, furiosos y venganzas; no la pidais tempestades. No sabe rugir.

Pedidla sonidos de amores y de melancolía. Que suspire los cantos de la ausencia, los ayes de la nostalgia, los últimos pensamientos de la vida.

La sencillez, la severidad, la virtud, no solo se expresan con palabras. Son colores, son sonidos.

Cuando el arpa suena, ¿qué corrientes balsámicas acarician nuestro corazón que en él se despiertan castísimos sentimientos?...

¿Por qué Dios á los ángeles de sus divinos coros les dió arpas?

El diablo, en cambio, que se complace en poner en caricatura las obras de Dios, ha dado arpas también á los *piamonteses*.

LOS SONIDOS, LOS COLORES Y LOS OLORES.

Un maestro español ha disertado acerca de la relación que hay entre los sonidos y los colores.

Hay, en efecto, gran relación entre unos y otros. El cornetín de pistón produce sonidos amarillos; la flauta suele tener sonidos azules y anaranjados; el fagot y el violon dan sonidos de color de castaña y azul prusia, y el silencio, que es la ausencia de los sonidos, el color negro.

Esto, claro está, no lo ha dicho, pero se me ha ocurrido á mí después de haber leído la disertación susodicha.

Pero no recuerdo que á ningún filarmónico erudito se le haya ocurrido consignar la relación que existe igualmente entre los sonidos y los olores.

Y esa relación es innegable.

En las noches de verbena cuando las bandas de alegres guitarristas pasan, el aire, henchido de notas musicales, despierta recuerdos de floricultura y gastronomía á un mismo tiempo en la nariz y exclamamos:

— ¡Esta música *buele* á albahaca y... á buñuelos fritos.

EL BARBERO.

El Barbero es una ópera femenina, elegante, ligera; una ópera de tocador.

El argumento es el mismo corazón de la mujer visto á través de un encaje. La música es una cascada de perlas que baja por una escalera de cristal: es ligera, picante; chispea, sonríe; es una copa de *Champagne*.

Las mujeres comprenden que esta ópera donde de la mentira y el engaño triunfan; pero donde triunfan también la naturaleza y el sentido común, es su poema, es su apoteosis...

Llegar al bien por el camino del mal; al paraíso por los bordes del infierno; á la verdad por la mentira, es la misión y el goce de la mujer.

La organización de la sociedad la obliga casi siempre á engañar ó á ser desgraciada.

Cuando una mujer dice á un hombre ¡te quiero! suele engañarle.

Pero cuando dice á otro ¡no te amo! suele engañarle también.

Cuando las mujeres llegan á la edad en que ya no pueden engañar á nadie, entonces se engañan á sí mismas.

Así, pues, *Figaro*, travieso, ingenioso, audaz, que trae y lleva, y saca y mete, y va y viene, y todo lo enreda y lo embrolla, hasta castigar el egoísmo de un viejo tutor y coronar con una diadema condal los amores de una linda pupila, es una copia cuyo original ha servido de agente de negocios á la mayor parte del público femenino.

Figaro no es solo *El barbero de Sevilla*, es también el barbero del Amor.

SOLIMAN, FILARMÓNICO.

La pasión que las damas tienen por ciertos animales domésticos da lugar á rasgos sociales como el que presencié en el Real en la tarde de un domingo.

Una aristocrática belleza salió de un palco y entregó á un lacayo un precioso perrito inglés que, por lo visto, le había prestado una amiga aquella tarde para su educación filarmónica.

— Diga Vd. á la señora, dijo, que Soliman ha escuchado toda la ópera con gran atención y que se ha divertido mucho.

FERNANFLOR.

EL OCASO.

(Traducción de A. de Lamartine.)

Y el mar se apaciguaba
Como en la urna ardiente
El licor espumoso
Si se apaga el hogar,
Arrollando en los bordes
Su onda resplandeciente
Que entraba en su gran lecho
Adormecida ya.

Y el astro que de nube
En nube descendía,
Sobre la ola, el disco
Sin rayos suspendió;
Y al fin cayó sangriento
Allá en la mar sombría
Como la nave presa
Del fuego destructor.

Y la mitad del cielo
Palideció, y la brisa
Sobre la vela inmóvil
Desmayándose fué;
Y la sombra agitando
Sus alas indecisa,
El cielo, el mar, la tierra,
Borraba de una vez.

Y recogí en el alma,
También palideciendo,
Las voces de la tarde
Que mueren en rumor,
Y algo en mí á la plegaria
Del día respondiendo
Lloraba y bendecía
Con misteriosa voz!

Donde el Ocaso cierra
La puerta de diamante,
La luz en olas de oro
Centelleando vá;
Y la nube de púrpura
Como tienda ondulante
Cubre sin estinguirlo
Aquel inmenso hogar.

Y los vientos, la sombra,
Las aguas del abismo,
Hacia el arca de fuego
Atropellarse ví;
Espanto que embargaba
Al Universo mismo;
Se vá la luz, se siente
El miedo de morir!

Volaba en polvoreda
La via solitaria,
La espuma sobre la onda
Alzóse con afán....
Con la mirada triste,
Errante, involuntaria,
Yo las seguí, llorando
Lágrimas sin pesar!

Todo desaparecía
Con la sombra cubierto;
Aquel vacío, al alma
Llenaba de opresion;
Después, cual la pirámide
En medio del desierto,
Un pensamiento solo
De mi frente se alzó.

Oh luz! Dónde caminas?
Oh nubes, ondas, viento,
Astro que en los espacios
Viertes tu claridad;
Adónde vá la espuma,
El polvo, el pensamiento,
Adónde corre el alma,
El hombre adónde vá....

A Tí, que eres el Todo!
Y la estrella encendida,
La noche, el día, el alma,
Dentro de Tí se ven,
Flujo y reflujo eterno
Y universal de vida
Donde todo se absorve,
Occéano del Sér!....

ANTONINO CHOCOMELI.

LA MUERTE DE LA MONJA

(Traducción de una poesía catalana de D. Angel Guimerá.)

En celda desmantelada
Y en lecho desvencijado,
El cuerpo torcido á un lado,
La toca desarreglada,
Yace una monja olvidada:
Su diestra mano ase fuerte,
Un Cristo; y con la otra, inerte,
La sábana hacia sí estira;
Se retuerce: al techo mira,
Y dice entre ansias de muerte:

—Cuando mis padres murieron,
¡Qué hermoso grupo de amigos
De su hora última testigos,
En torno á sus lechos vieron!
Llanto y gemidos oyeron,
Y entre tanta simpatía,
Al terminar su agonía
Tranquilamente cambiaron
El cielo que aquí gozaron,
Por el cielo de María.

Y yo... sola, agonizando;
Sin odios, mas sin amores;
Del mundo oyendo rumores
Al ir en la tumba entrando;
Y mi cuerpo revolcando
Cual mísero perro herido
Que en una calle tendido
Muere y áulla tristemente,
Y ve apartarse á la gente
Desoyendo el triste aullido.

Ni á espiga ni á flor llegué
En el campo de este mundo,
Presa en agujero inmundo
Que al ir á brotar hallé;
Ninguna sed apagué,
Aun cuando torrente fui;
Todo al olvido lo dí,
Hasta mi familia santa...
Y al cielo subir me espanta,
Porque sé que estará allí!»

Y calló la monja, viendo
Que por la reja, curioso,
Un rayo de sol hermoso
Su esplendor iba esparciendo,
Y la pared recorriendo,
Avanzaba, cual si ansiara
Dar su luz á aquella cara
Triste... La monja, vencida,

Cerró los ojos, sin vida,
Antes que el sol los besara.
Crujió el lecho al quedar muerta,
Y no perturbó otro ruido
Aquel espantoso olvido,
Hasta que se abrió la puerta;
Y el viento, que al ser abierta
Entró, deslizóse alzando
Las sábanas, y silbando
Por entre las religiosas,
Que impacibles, silenciosas,
Iban la celda ocupando.

Rodearon el pobre lecho:
La más vieja y más ceñuda
Puso con mano huesada
La cruz sobre el flaco pecho;
Un rosario en Roma hecho
Le ciñó otra al descarnado
Cuello; un ojo mal cerrado
Otra entornó; y la primera,
Un paño sucio de cera
Tiró sobre el cuerpo helado.

Y echándose al rostro el velo,
La comunidad volvió
Al claustro, donde espantó
A los pájaros, que el cielo
Cruzaban en raudo vuelo,
Por parejas reunidos,
Llevando bien sostenidos
En sus picos afilados
Los despojos de los prados
Para fabricar sus nidos.

GERARDO BLANCO.

EPÍGRAMAS.

Pasó papá de Ramona
Toda su vida en chirona
Por delitos diferentes.
¡Y ella afirma que es persona
De buenos antecedentes!

La desenvuelta Sofía
Me dijo ayer muy formal:
Yo soy hija de María...
Sandoval.

CÁRLOS CANO.